

elementos centrales de la posición teórica de Montesquieu. El primer apéndice, de mayor profundidad teórica que el segundo, aborda la oposición frontal que se presenta entre la concepción política de Montesquieu y la de Hobbes en relación a la cuestión de la guerra y la paz, a partir de la cual se hacen patentes los aspectos fundamentales de concepción liberal del primero por contraste con la posición absolutista del segundo. En el otro apéndice se comentan los escritos de Voltaire en los que se presentan referencias explícitas a los planteamientos de Montesquieu, exponiendo primero las críticas negativas a éste, entre las que destacan las objeciones sobre la falta de coherencia y sistematicidad de determinadas partes su obra, y a continuación las valoraciones favorables, entre las que resaltan las apreciaciones sobre la contribución de su obra a la tolerancia y al progreso moral del género humano.

César Ruiz Sanjuán

J. RADKAU, *Max Weber. La pasión del pensamiento*, FCE, México, 2011.

La reciente traducción de esta monumental biografía de Weber, que vio la luz gracias a *Fondo de Cultura Económica* en el pasado año 2011, permite al lector hispanohablante acceder a una de las investigaciones más detalladas de los últimos tiempos acerca de las conexiones entre la vida y la obra del pensador. La obra se centra en sus aspectos naturalistas, con especial atención a la cuestión de “los nervios”, considerada confusamente tratada en la investigación weberiana hasta el momento, y abarca la totalidad de su producción científica y su correspondencia, esta última aún inédita en la actualidad, junto con numerosos testimonios de la época y un profundo conocimiento de las circunstancias sociales, científico-técnicas, políticas y académico-culturales.

Joachim Radkau (Berlín, 1943), historiador alemán actualmente profesor en la Universidad de Bielefeld, ha llevado a cabo amplias investigaciones en los campos de la historia de la industria, tecnología y política alemanas. Recibió en 2009 el World History Association Book Prize por su obra *Natur und Macht. Eine Weltgeschichte der Umwelt*, aunque especialmente relevante para esta biografía es su estudio sobre el nerviosismo en la Alemania de la época de Weber (*Das Zeitalter der Nervosität. Deutschland zwischen Bismarck und Hitler*), aún no traducido al español. Todas estas líneas de investigación, junto a su profundo interés declarado en la cuestión de las relaciones entre técnica y naturaleza, se encuentran muy marcadamente en esta biografía, su última obra publicada.

El libro se divide en tres grandes actos, cada uno de los cuales pertenece a un segmento de la vida de Max Weber. Radkau, desde la convicción de que muchos malentendidos respecto del pensamiento weberiano se deben a la falta de comprensión de sus condiciones vitales y al tratamiento fragmentado y parcial del que sigue siendo objeto desde diversas ciencias, tiene la pretensión de vincular estrechamente su vida y obra como un todo infragmable, aunque no por ello exento de fuertes tensiones. Para ello, mantiene a lo largo de su exposición la premisa metodológica implícita (y en ocasiones explícita) de tratar su vida como un desarrollo y paulatino sacarse a la luz del *verdadero* Weber, que culminaría al final de su vida. Nos presenta a un Max Weber de personalidad profundamente apasionada y desencantada, y una mente volcánica, inagotablemente sedienta de realidad, individuo y tierra, que salta sin problema entre diversas disciplinas y temas teniendo como suelo la dualidad *amor-odio*, término al que acude en lugares centrales de la biografía para ilustrar el carácter irresoluble de las tensiones entre sus obras y subrayar su enorme fertilidad; rastrea en esta dialéctica el fundamento de la furiosa lucha weberiana contra los juicios de valor en la ciencia. Con el objeto de tender puentes entre su vida y el *borboteo* de su pensamiento, se vale del concepto de la naturaleza como el “eslabón perdido” entre ambos; concretamente, desde la tesis de que Weber lleva a cabo un acercamiento metódico intencionado entre ciencias naturales y antropología que operaría como una constante durante toda su vida. El esfuerzo de la obra consiste en poner de relieve que Weber opera a partir de la premisa de su fe inquebrantable en la naturaleza (entendida como la existencia de una razón humana universal adecuada para resolver conflictos), un *pathos* oculto, no admitido e inadmisibles por la misma consistencia de su proceder científico e ideal de ciencia. El aislamiento de esta constante subyacente le permite a Radkau ofrecer nuevas perspectivas de interpretación de conceptos tan centrales como los de “racionalidad” como tendencia humana universal metódica hacia el orden, de “amor acosmístico”, “honor” como fenómeno antropológico básico y “comunidad fraternal”, entre muchos otros, así como la posición weberiana frente a la plebeyización y a favor de la democracia como sistema que está en condiciones de ofrecer una mejor formación y ascenso de élites al poder.

El historiador presenta la relación de Weber con la naturaleza casi como el resultado de una investigación trascendental de descenso a las condiciones de posibilidad de comprensión de su obra, para lo cual considera primordiales los temas del padecimiento de “los nervios” y de la sexualidad, determinantes de sus distintas posturas frente al naturalismo. A grandes rasgos, la relación weberiana con su naturaleza pasaría por tres grandes etapas en las que se resalta la efectiva pero difícil unión de diversas antinomias.

En la primera de ellas (hasta 1898), chocan en el joven Weber dos estilos de vida opuestos. Nace en el seno de una familia extensa perteneciente a la burguesía ilustrada alemana, cuyas intensas –y no exentas de conflictos– relaciones se le presentan como inalterables. De las dos ramas de la familia tiene como herencia una religiosidad natural que le influirá decisivamente en su forma de tratarse y distinguir distintas manifestaciones religiosas; igualmente decisivas son la estela de “enfermos nerviosos” entre sus parientes, así como la actividad política de muchos de ellos, entre ellos su padre. Sus primeras relaciones amorosas se dieron dentro del ámbito de su familia, llegándose a casar con su sobrina Marianne, figura fundamental en la vida de Weber y de obligada atención para el investigador de la misma. A partir de estos antecedentes y de su personalidad siempre en conflicto consigo misma, el temor a la depresión por padecer de “los nervios” le provoca un ascetismo sexual y una conciencia de impotencia frente a su “naturaleza vegetativa” que trata de paliar con un elevado ritmo de trabajo, todo lo cual se superpone con la sociabilidad de un bebedor a la vieja manera alemana. Radkau, que ya ha tratado muy detenidamente la problemática de los nervios en la Alemania entre Bismarck y Hitler, se presenta en condiciones de encontrar en diversos testimonios del matrimonio de los Weber una fuente inagotable de terminología nerviosa que considera crucial para esclarecer numerosos pasajes de su obra; es especialmente recomendable el capítulo titulado “Tiranzado por la naturaleza y por los nervios”, en el que expone de manera pormenorizada y atenta cuestiones relativas al diagnóstico y tratamientos de la neurastenia (diagnosticada a Weber) y al impacto que tuvo en la Alemania de esa época el descubrimiento del sistema nervioso y su relación con la técnica, hasta tal punto que fue llamada “la era del nerviosismo”. Finalmente, la relación con su hermano Alfred, junto a su estudio sobre los trabajadores rurales en la Alemania del Este (transido de un fuerte nacionalismo no suficientemente razonado porque nace del sentimiento, según Radkau), le ofrece un particular campo de experiencia de fraternidad que desarrollará en su visión de las comunidades fraternas como suelo originario de toda sociedad, no basadas tanto en los aspectos sexuales, afirmación que Weber no podría admitir en sus circunstancias, sino en el hecho de compartir comida y cuidados.

La crisis nerviosa que supone su derrumbe en 1898 inicia una segunda etapa (titulada “La venganza de la naturaleza” significativamente), de la que no se comenzará a recuperar hasta once años más tarde y en la que quedará completamente inhabilitado para todo esfuerzo intelectual o corporal prolongado. Su contacto íntimo con el sufrimiento le provocaría la sensación de poseer una naturaleza violenta y desmesurada que se venga de sus excesos con la comida y la bebida; el biógrafo sitúa en esta experiencia vital la formación de la noción de un fuerte y originario deseo de redención en el hombre como

base de las religiones, que hunden sus raíces en sus disposiciones naturales. Tras los seis años en los que se prolonga su crisis comienza a escribir los dos tratados de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, que serán el fundamento de su fama mundial; Radkau analiza aquí especialmente la famosa noción del “tipo ideal”, perfilada en esta etapa, sirviéndose de ella como uno de los ejemplos de la transición buscada por Weber del método científico-natural a las ciencias sociales. Esta etapa termina con el *renacer* de Weber que estaría íntimamente relacionado con el comienzo de su despertar sexual extra marital, tras lo cual subyace la tesis de Radkau acerca de la esencial conexión entre la sexualidad de Weber y su creación intelectual.

De esta manera, sería a partir de 1909, con ese despertar del erotismo en Weber con la pianista Mina Tobler y la remisión de su padecimiento, cuando se vería impulsado por verdaderas explosiones de energía y creatividad y un ritmo acelerado en cuestiones políticas, de la ciencia y del amor que le permitirán reconciliarse con su propia naturaleza y saciar su deseo de redención en la figura de Else Jaffé. Alcanzan aquí sus puntos álgidos la noción de carisma y la necesidad de la legitimación del dominio y sus tipos, y su sed de enfrentamientos continuos con distintas figuras públicas hasta la destrucción anímica de sus adversarios refuerza para el autor de la biografía la idea de que la lucha es la culminación del naturalismo weberiano, que conecta con toda su vida. También se encuentra en la obra un seguimiento de la evolución de *Economía y sociedad*, editada y publicada póstumamente; si bien fue en un origen encargada a Weber como un compendio de artículos de distintos intelectuales de la época, se acabó convirtiendo en una carga que le obligó a aportar el trabajo no realizado por estos. Finalmente, se nos presenta un Weber maduro científico y místico, que halla en la contemplación la clave de su quehacer científico, y que profesa internamente una religión con tintes naturalistas que se conectaría con su no admitida fe en la naturaleza.

Uno de los aspectos más interesantes de esta biografía es que nos ofrece a un Max Weber que no abandona en ningún momento la centralidad de la noción misma de “comunidad” [*Gemeinschaft*] (que adquiere, incluso en *Economía y sociedad*, una mayor importancia que el de “sociedad” o *Gesellschaft*). A partir de sus propias vivencias y apoyándose en sus recurrentes estudios sobre las comunidades fraternales, asume el carácter primigenio y real de la familia, la relación entre hermanos y la comunidad doméstica, de tal manera que, además de utilizarlas como clave para la cognición del mundo, las buscará en el seno mismo de las grandes formaciones sociales. En un plano metodológico, a partir de la convicción de que la realidad de las unidades sociales es tanto mayor cuanto más inmediata sea la percepción sensible que se tenga de ellas, Weber centra su análisis en las relaciones no sólo emocionales, sino también práctico-racionales, existentes entre los individuos de las comunida-

des pequeñas. Pero ya en un segundo plano, que entronca con el núcleo de su praxis vital, el análisis de Radkau acerca del régimen de visitas de los Weber (especialmente durante los famosos *jours dominicales* en la mansión Fallenstein, Heidelberg) saca a la luz a un Max Weber preocupado por la creación de un espacio en su propia casa que permitiera la emergencia y formación de ciertas élites entre los más prometedores jóvenes alemanes. Así, el biógrafo afirma que “los Weber, muy intencionalmente, querían crear un *nuevo* entorno humano” (pág. 542), un núcleo abierto de intelectuales (especialmente jóvenes y bastantes más mujeres de lo que era usual en la época, a diferencia de lo que ocurría en otros ambientes como el de los vetustos intelectuales del círculo *Eranos*) que, en torno a la figura casi mitológica del pensador y con inequívocos tintes fraternales, estuvieran en condiciones de constituir una comunidad real, tangible, en la que se trataban no sólo temas científicos, sino también “problemas de la vida” en un ambiente liberal y carente de prejuicios (poder de la creación de valores a partir del erotismo en la conversación intersexual).

Enlazando con lo anterior, merece un especial apartado la mención del segundo de los temas con los que Radkau relaciona especialmente la posición de Weber frente a la naturaleza: la sexualidad. El lector se encuentra continuamente con profusas descripciones detalladas respecto a las intimidades sexuales de Max y Marianne Weber en las que se demuestra una capacidad de disección e inventiva que no se halla en tal grado y recurrencia en ningún otro motivo de la biografía. La justificación de tal sobreabundancia radica en la tesis de que la conciencia weberiana de sí y del mundo se vería fundamentalmente reflejada en su relación con la sexualidad, ya que pareció vivir con especial crudeza y preocupación sus disposiciones sexuales reprimidas (efecto de su padecimiento nervioso) hasta casi el final de su vida. Las fuertes tensiones y desplazamientos intelectuales y vitales de Weber tendrían su origen en su compleja relación con su propia naturaleza sexual, dos términos que se encuentran utilizados de forma indistinta en ciertos escritos suyos y así también en la biografía. El autor se recrea, en ocasiones hasta la extenuación, en detalles de dudosa conexión con consideraciones efectivamente existentes en Weber; podemos encontrar un ejemplo en la calificación de su relación con su padre y con su madre como “síndrome de Edipo”, lo cual no aparece suficientemente justificado desde la óptica weberiana, así como en la suposición de que la azotaina de un niñera en su infancia (que Radkau achaca a la madre de Weber) le despertó tendencias sadomasoquistas. En íntima relación con esto, el autor parece admitir su propia tendencia a introducir consideraciones personales en su investigación (nota página 177), tendencia la cual sigue materializándose en numerosas conjeturas respecto a los detalles de la visión weberiana de su sexualidad. El tratamiento detallado de ciertas cuestiones de

índole algo periférica o conjetural lleva a descuidar aspectos de más relevancia, sobre todo en la tercera parte de la obra, como ser una exposición más detenida de la visión weberiana del desarrollo de la Primera Guerra Mundial y del contenido y la importancia de *Economía y sociedad*.

Por último, un detalle no desdeñable de la interpretación del autor es la distancia que establece respecto de ciertos aspectos de la biografía de Max Weber escrita por su esposa Marianne, escritora prolija y feminista. La atenta lectura de las obras de Marianne y el hecho de poder acceder a la totalidad de su correspondencia otorgan a Radkau la convicción de que algunos aspectos de la biografía sobre su marido son matizables, debido tanto al fuerte carácter de su esposa (contrariado por el perfil no sexual de su matrimonio en conexión con el hecho de que Weber encontrara la felicidad con otra mujer) como a su labor de hacer de él un pensador cuasi-mítico de talla mundial (para lo cual debía cubrir su relación con Else Jaffé, descubierta décadas después, y limar numerosos aspectos relevantes de su personalidad). Pretendiendo subsanar esto, Radkau llama especialmente la atención respecto a la escurridiza opinión de Weber sobre las mujeres, a las que consideraría un sexo diferente por naturaleza, o a la necesidad de recurrir a otras fuentes para clarificar la figura de sus padres (cobrando gran importancia la de su madre, Helene, cuya religión natural-panteísta influyó de manera crucial en la capacidad weberiana de distinguir entre distintas formas de religiosidad y piedad) y de su proceso creativo. Impugna asimismo la visión contemporánea y muy difundida de Weber como estadista fracasado, mostrando que nunca se llegó a ver a sí mismo como candidato válido para cuestiones políticas y estableciendo a la vez distancia con su padre. Finalmente, es destacable el pormenorizado seguimiento del trato de Weber con diversos intelectuales y corrientes de su tiempo, así como su posición en cuestiones tales como la política bismarckiana y el nacionalismo alemán durante la Primera Guerra Mundial; el detenimiento en la exposición de todo un abanico de circunstancias de la Alemania de la época permite que el interés de la obra exceda ampliamente los límites de lo meramente biográfico enriqueciendo en la misma medida este último aspecto.

La traducción de Edda Webels, ganadora del premio Malintzin 2012 (mayor reconocimiento otorgado a profesionales de la lengua por el Colegio Mexicano de Intérpretes de Conferencias) es fluida y de fácil digestión.

En definitiva, Joachim Radkau nos ofrece una visión panorámica y ciertamente transida de pasión de la imponente figura de Max Weber que permite una reconstrucción detallada de los momentos principales de su pensamiento a la luz de la clave interpretativa de la naturaleza, todo esto “a la manera de un mito, o mejor dicho: de un tipo ideal” (página 13).

M^a Inés López del Pino